

Plenitud cristológica en la Encarnación

Francisco de Paula Oliva, S. J.

DECIR "Cristo", es recordarnos una palabra esencial: Encarnación. Esta, unas veces, se nos ha presentado rodeada de ese halo de luz inmóvil que circunda las grandes verdades de nuestro dogma llamadas misterios. "Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros... y contemplamos su gloria..." (1). Al oírlo sentimos como una necesidad de arrodillarnos y adorar.

Otras, en cambio, su contenido, si no sus letras, son la expresión del más profundo amor u odio que tocan a Jesús. "Tu eres el Mesías, el Hijo de Dios viviente" (2). Habla un amigo querido: Pedro de Betsaida. Y cuando lo hacen sus enemigos la actitud es uniforme: "Blasfemó... Ellos, respondiendo, dijeron: Reo es de muerte!" (3).

Y es que la Encarnación, como aquella otra palabra "cruz", es "para los judíos escándalo, para los gentiles necedad, mas para los que han sido llamados, así judíos como griegos, un Cristo, fuerza y sabiduría de Dios" (4).

Palabra a la vez inefable y crítica. Vino a nosotros en el silencio de una tarde en Nazaret. Nunca se nos hubiera



- (1) Io. 1,14.
- (2) Mt. 16,16.
- (3) Mt. 26,65-66.
- (4) 1 Cor. 1, 23.

ocurrido. Pero luego que la vimos ("lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y nuestras manos tocaron...") (5) nos agradó tanto que no la quisimos soltar. Y allí quedó, como un tesoro familiar, entre nosotros, el Verbo Encarnado, Cristo, nuestra vida.

Pero esta generalización en el tiempo, 20 siglos de existencia, y extensión, pertenece a todas las categorías humanas, para los cristianos puede haber creado un inconveniente: el tenerla ya gastada de tanto verla. El mirarla en sus manifestaciones artísticas con meros ojos de críticos o turistas, ignorando todo su contenido hasta dar con el absurdo práctico de un cristianismo que vive y se desarrolla al margen de la Encarnación.

El fin de las presentes páginas es vivificar este concepto replanteándolo en dos experiencias históricas: 1.^ª en la admiración asombrada de los contemporáneos al hecho; y 2.^ª en el quehacer laborioso, inmediatamente posterior, que dió por resultado una formulación, no exhaustiva, pero sí lo bastante clarificadora.

Y en todo ello un solo deseo: injertarnos más y más en Cristo.

I

Estreno del misterio

Hubiera sido sumamente interesante el hacer una entrevista con alguno de los cristianos de la primera o segunda generación.

La pregunta: ¿qué significa la Encarnación para aquellos hermanos de primera hora?

Ellos tenían de reciente cuño la vivencia histórica: uno de su raza, situémonos en Jerusalén o Antioquía, había resultado ser el Mesías. Aquel ser privilegiado, Siervo de Dios porque había de agotarse en el servicio divino, profetizado por Isaías (6), era Jesús el hijo de José, un carpintero de Galilea.

(5) 1 Io. 1,1.

(6) Is. 42; 49; 50.

Insistían en que se había realizado. Para nosotros, pobres occidentales, a pesar de nuestra armonía clásica, poco nos dice todo esto. Ellos, en cambio, experimentaban ser testigos del hecho fundamental. Representaba una gloria nacional, a la vez provinciana y universal. Eran como los ramalazos de una bomba estallada, que no causara muertes, pero sí una fe nueva.

Pensemos en Pedro, como gozándose con la noticia: "*Sepa toda la casa de Israel que Dios constituyó Señor y Mesías a este mismo Jesús al que vosotros crucificasteis*" (7). Inmediatamente después 3.000 personas entraban en la comunidad recién fundada. ¡Qué menos!

Este júbilo de que se realizó, tiene otra nota aún más alta. Entonces la alegría se convierte en admiración: ¡Dios lo ha glorificado!

"*El Dios de Abraham, de Isaac, de Jacob, el Dios de nuestros padres ha glorificado a su siervo Jesús, a quien vosotros negasteis y entregasteis a Pilato*" (8). "*He aquí que contemplo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre de pie a la diestra de Dios*" (9).

Glorificación que les hace aplicar estremecidos a Jesús la palabra reverencial de Kyrrios, "Señor".

¿Qué significaba, pues, la Encarnación para aquellos hermanos de primera hora?

Ante todo la vivencia íntima de unión entre cielo y tierra. Pero subrayando más la glorificación de un Hombre que se sienta nada menos que a la diestra de Dios, que el otro aspecto de cómo este Dios se llega hasta los hombres. Ellos, testigos inmediatos, se fijaron más en el fogonazo. Había de pasar un siglo, para que, sosegados los espíritus, pudieran insistir en lo mismo, pero explicándolo.

Y su legado para nosotros, intelectuales del XX: algo más estimable que

(7) Act. 2, 36.

(8) Act. 3,13.

(9) Act. 7,56. Esta confesión le valió el martirio a San Esteban.

las ideas y los conceptos, un entusiasmo por el misterio de la Encarnación; una mística que entonces les hizo revolucionar el mundo. Ellos no sabían todavía teorizar sobre lo ocurrido, pero con ilusión lo estaban viviendo.

¿Acaso no necesitamos también ahora nosotros, Era Atómica, un poco de fuego cristiano dentro?

II

Forja de teología

Aquel cristianismo, todo fervor en la glorificación cristológica, tenía reservada una difícil empresa: soltar amarras del judaísmo y, sin tropezar en el escollo helenista, llegar a ser consciente de su nueva fisonomía. Y es emocionante ver cómo lo va guiando el brazo de Dios entre mil herejías, mientras le rodea una negra atmósfera, que sucesivamente va estallando en persecuciones externas.

De nuevo Dios iba a escribir derecho con renglones torcidos. A nosotros quizás nos hubiera gustado una explicación límpida y sin tropiezo del dogma, semejante a un rayo de luz clara. Dios prefirió, en cambio, que su Iglesia se labrara a golpes de yunque, que si despertaban con su eco un nuevo peligro, significaban también un avance ininterrumpido hacia el interior de la Verdad.

No hay que decir que el concepto de Encarnación, capital en nuestra *doxología*, experimentó como ninguno esta dolorosa gestación.

A.—En la vertiente de Dios...

"Yo soy Yahveh tu Dios... no tendrás otro Dios frente a mí" (10). Jesús se decía y era reconocido como el Hijo de Dios. ¿Entonces, "un Dios, Yahveh, frente a otro Dios, Jesús", en contra de los libros santos?. Este es el problema de la primitiva comunidad judeo-cristiana cuando se pusieron a reflexionar.

Primero Noeto de Esmirna (año 170), y luego Sabelio (+ 260) prefirieron

la solución más sencilla: El Verbo que se había encarnado se identificaba totalmente con Dios Padre. No existía, pues, la distinción de Personas en la divinidad. Dios era una sola Persona, el Padre, que sucesivamente creó el mundo, se encarnó, y murió en cruz para resucitar... Dios es sencillamente único principio de todo y única persona en la divinidad (11).

Paralela se desliza, también, otra herejía de origen judío. El Mesías era un ser humano elegido por Dios. Pablo de Samosata lo llamó consustancial al Padre (*ὁμοούσιος τῷ πατρὶ*), usando una fórmula que luego había de ser famosa, pero que él entendía mal al limitar esta consustancialidad a ser una mera fuerza espiritual del Padre (*δύναμις*) que existiera en el Hijo. De aquí el nombre de monarquianismo dinamista.

El Papa Dionisio († 260) y el Sínodo de Antioquía, ocho años más tarde, condenaron ambas herejías.

A fines del siglo III quedaba aclarado en los puntos siguientes el dogma de la Encarnación: Cristo por ella no caía solamente del lado del hombre, pero tampoco de tal modo en el lado de Dios que se confundiera con el Padre. Notemos que sólo estamos al comienzo de un largo y penoso peregrinar.

Pronto se vió la necesidad de investigar más las relaciones entre las Primera y Segunda Personas Trinitarias. Ciertos pasajes parecían hablar de cierta subordinación del Hijo al Padre. En Juan, Jesús decía: "el Padre es mayor que Yo". Además aquella respuesta extraña: "¿A qué me llamas bueno? Sólo

(11) La lucha contra esta herejía encierra un episodio curioso. Hipólito de Roma irritado porque el Papa Ceferino no aprobaba su vehemente ataque a los herejes, se separa de la Iglesia, y con el Papa siguiente Calixto I se declara antipapa. Sin embargo, desterrado y perseguido a una con los partidarios del Sumo Pontífice, muere reconciliado, y hoy lo veneramos como a San Hipólito. (Ultimamente el famoso investigador en el campo litúrgico J. M. Hauneus S. J., ha negado ser ésta la figura histórica de Hipólito. Cfr. Proyección, 23. Pág. 297).

(10) Ex. 20, 2-3.

uno es bueno : Dios" (12)... El helenismo había de acabar la obra.

Jesús sería otra vez un ser inferior a Dios, aun que por encima del mundo y de los ángeles. Sería el Logos de Filón (13). El Padre era eterno. El Logos vino en el tiempo. Y por lo tanto le estaba subordinado. Así la tercera visión falsa de la Encarnación, en cuanto al elemento divino encerrado en ella: el subordinacionismo.

Una de sus formulaciones más extendida fué la de Arrio (14) El Verbo era un Dios de segunda categoría; Hijo de Dios, no por sustancia, sino por gracia. Por lo tanto sólo puede dársele este nombre en un sentido amplio de la palabra. En la práctica por miedo de romper la rigidez monoteísta heredada del judaísmo, volvían a ponerlo del lado de las criaturas.

El año 325 el Concilio Euménico I de Nicea definía la Divinidad estricta del Verbo Encarnado. Utilizando la fórmula ya conocida de *ὁμοούσιος*, consustancial, declaraba la igualdad, dentro de la distinción de Personas, entre el Hijo y el Padre.

Enseñanza práctica de todo este período; un aumento de nuestra fe. El Verbo Encarnado que veneramos en la cruz y recibimos en la comunión es DIOS.

Definitivamente Cristo quedaba colocado en la vertiente divina... ¿Pero, solamente en ella?

B.—...pero también en la del Hombre

Hasta ahora el problema analizado ha sido más bien Trinitario. Nicea, 325, en cuanto al Hijo, y Constantinopla I, 385, refiriéndose al Espíritu Santo, nos habían fijado el dogma de la Trinidad.

Pero entremezclado y contemporáneo con él estaba el verdadero aspecto

(12) Mt. 19,17.

(13) Judío contemporáneo de Cristo. Es el portavoz de un sistema filosófico judeo-helenista en cuyas ideas se hallan las bases del futuro gnosticismo.

(14) Natural de Libia. Educado en la escuela de Antioquía, a partir del 318 comienza a enseñar sus doctrinas, que tuvieron una gran extensión gracias al apoyo de los Emperadores.

crisológico de la Encarnación. ¿Cómo el Hijo de Dios se hizo hombre? ¿En qué sentido es verdaderamente uno de nosotros?

La primera respuesta fue desconcertante: solamente en apariencia el Verbo se hizo carne. Aquel cuerpo que tocaron tantos enfermos, que fue flagelado y crucificado, era... ficticio (!). Se comprende que estas ideas (15) no echaran profundas raíces en aquellos cristianos.

Arrio, en su teoría del Hijo como el Logos, la más alta de las criaturas, pero que en su perfección no dejaba de serlo, dio una segunda respuesta: ese Logos privilegiado se unió a un cuerpo sin alma, precisamente para hacer el papel de ésta. Encarnación sería simplemente la animación de un cuerpo por el Logos.

En la misma línea, aunque más profundo, fue el apolinarismo. Apolinar, obispo de Laodicea († 390), iba a tocar el punto crucial de la cuestión. Para él si en la Encarnación hubiera habido dos naturalezas, divina y humana, diríamos enteras, en lugar de unión habría que hablar en el resultado, de una coexistencia. ¿Solución? Romper como en su punta la naturaleza humana. Encarnación sería por lo tanto la unión del Verbo con un cuerpo humano dotado de alma sensible (*ψυχή*, alma sensitiva), pero carente del principio espiritual superior (*νοῦς*, *πνεῦμα*, alma intelectual). De la Encarnación habría nacido un ser que de hombre sólo tendría la parte inferior o animal; lo otro, intelectual-espiritual, sería exclusivamente divino. ¿Pero cómo iba a ser nuestro modelo el que en lo más característico no era en nada parecido a nosotros?

C.—Ni dos personas, ni una naturaleza

De la polémica con Apolinar quedaba en claro que como resultado de unirse la naturaleza divina a la humana, completo en cuanto tal (alma ra-

(15) Docetismo, del verbo *δοκέω*, parecer. La Humanidad de Cristo será según ellos, pura apariencia.

cional y cuerpo), en el Verbo Encarnado existían dos conciencias: la divina y la humana.

Insistiendo en todo ello algunos destacados miembros de la Escuela teológica de Antioquía, se iba a llegar a otra herejía. De nuevo aparecía la mera coexistencia en Cristo. Por lo tanto la Virgen, madre sólo de algo no-divino, no podía ser llamada realmente Madre de Dios. Nos quedábamos sin Redención y sin Madre.

Resultado: Cristo era un santuario ambulante, en el que dentro de la Humanidad moraba "accidentalmente" Dios. Era una maravilla; pero como puede sernos maravilloso un copón. Contiene la Eucaristía, pero ésta no le pertenece. ¿Dónde quedaba aquella tan celebrada glorificación cabe la diestra de Dios?

Con las turbulencias acostumbradas en Oriente, estas ideas y su portavoz Nestorio, Patriarca de Constantinopla, fueron condenados el año 431 en Efeso. Y la conquista principal de toda esta controversia: que en Cristo había un solo Yo, una sola Persona.

Una vez más, sin embargo, la solución iba a dar pie a una nueva discordia.

El Patriarca Nestorio encontraba en la Encarnación dos elementos esenciales, y los separaba. Ahora el Archimandrita Eutiques los unía tanto que el aspecto humano del Verbo Encarnado quedaba absorbido en el divino. Un nuevo concilio, el Calcedonense del 451, volvía a señalar el recto sentido del misterio, usando ya en su recto significado las dos palabras salvadoras: Naturaleza (*φύσις*) y Persona (*ὑπόστασις*). Con todo, tuvieron que pasar bastantes años hasta que en 553 los sabios Leoncio de Constantinopla y Boecio (éste occidental) dieran con la formulación, en el intermedio, como prueba de lo difícil del problema, todavía nuevos brotes de nestorianismo y monofisitismo.

El monotelismo partiendo de que en Cristo sólo había una voluntad quería

volver a la absorción de una naturaleza en otra.

El adopcionismo distinguía tanto que ponía dos Personas en Cristo.

Mas la fórmula ya estaba dada: "Encarnación igual a unión de dos naturalezas, divina y humana, en una Persona divina".

Ella es como el compendio de aquellas palabras que llenas de sabiduría de cielo nos habían ido dejando a lo largo de los siglos los Santos Padres.

"Si preguntas cómo la divinidad se unió a la humanidad, antes te he de preguntar de cómo es la unión de tu alma y cuerpo... Pero si ignoras cómo tu alma se une a tu cuerpo, no pienses que alguna vez tú llegues a comprender aquello" (San Gregorio Niseno).

"La naturaleza de la Encarnación es admirable y sobrepasa a todo pensamiento" (San Cirilo de Alejandría).

"...a no ser que la fe lo crea, la palabra es incapaz de explicarlo" (San Juan Damasceno).

"Primeramente esto nos conviene saber, que en Cristo existe una naturaleza divina por la que es el Hijo Unigénito del Padre; y otra naturaleza humana que en los últimos tiempos recibió" (Orígenes).

"Creamos, pues, amados hermanos, según la Tradición de los Apóstoles que el Verbo de Dios descendió de los cielos al seno de la santa Virgen María..." (S. Hipólito).

Y que "siempre habitará en este Tabernáculo, pues se revistió de nuestra carne no para luego abandonarla, sino para tenerla siempre consigo" (S. Juan Crisóstomo).

(16) Flaviano, Patriarca de Constantinopla, depuesto de su cargo por los monofisistas en el llamado Latrocinio de Efeso, año 449, muere de los malos tratos camino del destierro. El Papa Martín I (649-655), prisionero del Emperador Constante II, favorecedor de los monoteletas, padece lo indecible en la isla de Naxo durante año y medio; llevado luego a Constantinopla es acusado de todos los crímenes y maltratado, y por fin confinado en Querson muere en 655 víctima de los sufrimientos.

Y al final la palabra valiente de San Juan Damasceno: "Y no negamos que la carne (la Humanidad) de Cristo debe ser adorada, pues es adorada en la Persona del Verbo de Dios" (17).

«Fuerza y sabiduría de Dios»

Entre tristes y alegres nos hemos acercado a estas dos experiencias históricas.

Y nos han dejado una doble huella:

Una de santa emulación. Desearíamos vibrar ante la Encarnación como lo hacían aquellos primeros cristianos. Es más, necesitamos de esta fuerte atracción que oriente y dé calor a una vida de católicos con minúscula, que se malgasta entre bagatelas y quinielas. Hoy día que tanto se habla de "una mística", este sentimiento un poco apa-

sionado ante el misterio de la Encarnación nos haría gran bien.

La segunda huella, herencia de largas disputas, nos trae un contraste y una consoladora consecuencia. Hemos visto el andamiaje especulativo montado por los hombres para sorprender el sentido de este misterio. Y después de una dura elaboración teológica nos hemos encontrado solamente... con una fórmula esquemática, llave sí del misterio, pero que a pesar de nuestros intentos nos lo deja cerrado. ¡Era tanta la luz que nos hizo ciegos tu resplandor!

Con todo, el trabajo no ha sido en vano. Nos ha dado una explicación racional a la más consoladora verdad de la tierra: que Dios se ha hecho uno de nosotros y como nosotros; que Dios es ya nuestro Hermano.

Junto al Fuego que da alientos, la Verdad que ilumina. Este es el sentido vivificado de la Encarnación. En frase paulina: el ser fuerza y sabiduría de Dios.

(17) ROUET DE JOURNEL, S. J. *Enchiridion Patristicum*. nn. 1031, 2138, 2362, 711, 453. 394, 2363.

